



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 34.

JUEVES 30 DE OCTUBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo 1.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—SOR MARTA MARÍA: historia holandesa: (Continuacion).—EDMUNDO Y SU PRIMA (Continuacion).—LOS GRIOTES DE LA SENEGAMBIA, por A. Raffenel.—ESPEDICION DE GONZALO PIZARRO A QUITO, por Prescott.—HISTORIA NATURAL: el Aye Aye de Madagascar.—SINFONIA FILOSÓFICA, por José Gonzalez de Tejada.—DON JUAN DE AUSTRIA.—ACTUALIDADES.—PENSAMIENTOS.—CLAVE ENIGMATICA.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

Habilitada la mas convenientemente posible una parte de la Casa nacional de Moneda, sirve hoy de benéfico albergue á las artes españolas, las cuales no obstante sus nobles y patrióticos esfuerzos continúan su vida aventurera y errante con mengua de nuestra decantada civilizacion. Grande es sin duda el impulso que han recibido del gobierno que decretó la celebracion periódica de estos solemnes concursos, muy laudable el celo de los que le han sucedido despues en la continuacion de una idea tan protectora, pero el ímpetu con que han respondido los artistas á las fundadas esperanzas del pais, ha superado en corto tiempo los cálculos que sirvieron de base á los términos de la proteccion.—Estamos muy distantes de creer, tal vez porque somos demasiado exigentes, que el arte en España ha llegado á recuperar el terreno perdido y que llegamos nuevamente al apogeo de nuestras antiguas glorias. Semejante error es indisciplable, como lo seria tambien una ciega obstinacion que se empeñase en negar los rápidos progresos que se manifiestan en cada una de las exposiciones que se van sucediendo. Adviértese, y esto lo confesamos con placer, que á medida que se va estendiendo el ejercicio y el culto de las artes van estas determinando su poderoso influjo sobre las costumbres y el buen gusto, lo cual se manifiesta palpablemente en las tendencias eminentemente civilizadoras que van demostrando de dia en dia y que advertimos mas

principalmente en las obras que hoy figuran en la exposicion que nos ocupa.

La inteligente y activa juventud que cultiva las artes en nuestro suelo ha comprendido perfectamente su mision, haciendo resaltar en sus obras el alto fin que están llamadas á realizar en la vida moral de las naciones, que no para fascinar con un vano deleite los sentidos reciben las artes su inspiracion divina sino para mejorar la condicion del hombre, para inculcar en él los sagrados ejemplos de la religion, para inspirarle la virtud, las grandes acciones heroicas haciéndole digno de sus altos destinos. Así lo comprendió la patria en que nacieron los mas grandes ingenios de la tierra llegando á ser respetada y admirada en todos los siglos por el culto incesante que rindió á las bellas artes, por la benéfica influencia que ejercieron en aquella sociedad donde estas constituian el primer elemento de vida y porvenir.

Bajo este punto de vista, la juventud española camina muy acertadamente. La exposicion de 1862 es notable no solamente considerada en sus adelantos relativos sino respecto á la oportunidad que domina en los asuntos de sus creaciones. Quisiéramos disponer de mayor espacio en nuestro periódico para detenernos en el exámen detallado de todas las obras espuestas, pero será preciso limitarnos á dar una ligera idea de nuestro juicio crítico, fijándonos en aquellas obras que mas se distinguen en la opinion pública que los va juzgando.

Predominan este año en el concurso los asuntos piadosos y los heroicos de la historia patria. No vacilamos en colocar á la cabeza de los primeros y aun creemos que á la cabeza de la exposicion en general *El entierro de San Lorenzo*, original de don Alejo Vera, *Los Santos tutelares de España y del Príncipe don Alfonso*, tambien original de don Vicente Palmaroli, *Los últimos momentos de Fr. Carlos* *Climaque* por don Benito Mercadé: estos tres cuadros son la espresion en toda su pureza de la fe cristiana, el recuerdo de nuestras gloriosas tradiciones artísticas. A ellos sigue el *Viaje de*

la Santísima Virgen á Efeo despues de la muerte del Salvador presentado por don German Hernandez.

En los asuntos heroicos sobresale notoriamente *El episodio de Trafalgar* debido al pincel de don Francisco Sans, cuyo talento para estas grandes concepciones, es altamente distinguido. *El Dos de Mayo* por don Manuel Castellano es tambien muy recomendable sobresaliendo en él el acierto con que está espresada la sangrienta lucha que dió fatal renombre á este dia memorable. *El primer desembarco de Colon en América*, por don Dioscoro Puebla y la *Defensa de Zaragoza*, por don Miguel Navarro: en estos dos últimos se notan grandes rasgos de genio al lado de otras tantas imperfecciones.

En los demás cuadros históricos se distinguen don Isidoro Suarez Llanos por el *Entierro de Lope de Vega*, don Luis Alvarez por el *Sueño de Calpurnia*. Cuadro fantástico y de grande efecto si bien no le creemos justo de tono ni muy correcto en el dibujo. El *Juramento de las Cortes de Cádiz* por don José Casado, en el que se notan algunos errores históricos al lado de otros rasgos magistrales, siendo imperdonable el que el autor no haya tenido presente cuán repulsivo es para el asunto del cuadro el sabor francés que en él domina por todas partes en los tipos, trajes y hasta en las actitudes que ha impreso en las figuras. *Doña Mariana Pineda en el momento de despedirse de las beatas de Santa Maria Egipcíaca para ir á la capilla* por don Isidoro Lozano, el cual sino brilla por el colorido manifiesta siempre notable pureza, correccion y belleza en la forma. *Rodrigo Enriquez visitando la cárcel donde estaba encerrada la familia de Antonio Perez*, por don Víctor Manzano. Creemos que este artista sostendria mejor su bien adquirida reputacion si se limitase á los asuntos y estension que tenian los cuadros en que se dió á conocer. La visita de *San Francisco de Borja al emperador Carlos V*, por don Carlos Esquivel. Son tambien muy dignas de

Ayuntamiento de Madrid

mencionarse las obras de don Manuel Ferran, especialmente la que representa *La muerte de Felipe III de Francia*.

En los cuadros de género y costumbres vemos sobresalir á don Bernardo Ferrandiz, á don José Díaz Valera, á don Dionisio Fierros, don Eduardo Gimeno, don Antonio Perez Rubio, don Eduardo Zamacois y don José Laguna.

En el paisaje sigue dominando el terreno sin competidores don Carlos de Haes, á este sigue don Ramon Martí y Alsina, y los demás quedan á gran distancia; sin embargo, notamos adelante en los señores Araujo, Belmonte y Romea.

En perspectiva don Pablo Gonzalvo domina como Haes entre los paisajistas.

Entre los naturalistas se distinguen don Mariano de la Roca por sus rebaños tan fielmente representados y don Federico Gimenez por sus grupos de caza muerta; pero este especialmente por sus admirables bodegones y fruteros.

En retratos figuran este año muy pocos, lo cual prueba que las aspiraciones del arte son ya mas elevadas; hay algunos recomendables, pero los que se distinguen se deben á los señores Llanos y Ferrandiz, el del primero señalado con el núm. 254 del catálogo y con el 63 el del segundo.

Deseamos con todo el ardor que inspira el amor á las artes ver redoblados en lo sucesivo los esfuerzos de estos artistas en cuyas manos está encomendado el porvenir mas risueño, cual es el de unir sus nombres al actual renacimiento.

SOR MARTA MARÍA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONTINUACION.)

En las fronteras de Bélgica, en lo alto de una colina, se levanta un grande edificio blanco, sin regularidad, que presenta una masa confusa de murallas, techos, ángulos y plataformas. A la falda de la colina hay una aldea, cuyos habitantes no miran jamás sin un sentimiento de respeto el edificio que domina sus humildes moradas, porque se ve muy claro el campanario de una iglesia, oyéndose sin cesar el toque religioso de las campanas que dicen á lo lejos que en la cima de aquella montaña se ruega constantemente á Dios por la salvacion de todos los hombres. Este edificio es un convento; los pobres y los enfermos conocen muy bien el sendero de la colina que conduce á la puerta hospitalaria de las hermanas de la Visitation. El sitio no tiene nada de agreste, aunque la naturaleza no ha prestado los mayores encantos á aquella soledad: es un rincón de tierra desconocido: los que han nacido en él no le piden hermosura ninguna para amarle, y viven contentos en aquel sitio, sin mucha pobreza ni riqueza, sin estar muy poblado ni muy desierto. Su cielo es algo oscuro, y el viento de la mar reina constantemente. Las tormentas, en sus arrebatos, no se detienen en las aguas, y corren un poco por las tierras vecinas, arremolinándose sobre los techos de paja de la aldea. A lo lejos se ven algunos puntos de verdura cortando las áridas líneas de aquel horizonte; los que fundaron allí aquel monasterio para orar eternamente, poseían sin duda esa fe arraigada y firme que sabe encontrar plegarias sin el auxilio de lo que exalta la imaginacion.

Este fue el convento donde llevaron á Cristina Van Amberg; en este lugar austero, morada del silencio y del olvido, fue donde entró Cristina llena de amor, de vida y de juventud, pareciéndola, al traspasar sus umbrales, que acababa de sentir la piedra del sepulcro que caía sobre su cabeza.

En una celda que no difería en nada de las demás que había en el convento, la superiora estaba sentada junto á la ventana leyendo una carta. La superiora era una mujer de 40 años, de una dulce fisonomía, algo pálida, y delicada, pero tranquila y respirando en toda ella la mas

completa serenidad; hubiérase dicho al verla que jamás había sentido el calor de un rayo de sol, ni oído el ruido del mundo, y era en efecto la verdad, porque habiendo entrado muy joven en el convento, y pasado en él toda su vida, ignoraba del todo las cosas de la tierra. La religion no había sido para ella un refugio de sus dolores, sino su principio y su fin. En el alma de la religiosa todo era reposo; aquella alma se parecía á un árbol cuyas hojas nunca habían sido mecidas por el viento. La calma de la primera hora de su existencia había continuado toda su vida; sus ojos no habían mirado nunca mas allá de las tapias del convento; sus oídos no oyeron nunca otras voces que las de las monjas, el canto de la iglesia y el sonido de las campanas; su corazón no había albergado otro sentimiento que el de una total indiferencia por el mundo, y el de los piadosos deseos de volar hasta el seno de Dios; en una palabra, ignoraba que se pudiese amar la vida, y vivía sin contar los días, no atreviéndose tampoco á desear la muerte, como no se atrevía á poner el pie fuera de las losas de su convento. Era comedida, sobria de ademanes, de movimientos y de ideas, disfrutando esa pacífica y constante dicha que dan una conciencia pura y el amor de Dios. Antes de hallarse á la cabeza de la comunidad, se llamaba Sor Luisa María, y en aquel momento se llamaba la superiora, hasta que pasados tres años pudiese tener la dicha de volver á entrar entre las hermanas que no tienen á su cargo mas cuidado que el de rezar.

Hé aquí la carta que leía la superiora:

«Os envío vuestra sobrina Cristina Van Amberg, suplicándoos me hagáis el favor de tenerla á vuestro lado. Deseo que abrace la vida religiosa, y por lo tanto os estimaria que dispusierais su espíritu á este fin. Las graves faltas que ha cometido me obligan á alejarla de mi casa, necesitando una vigilancia, para el reposo de su vida entera, que solo puede encontrar en un convento. Recibidla bajo vuestro techo, mi querida y venerada pariente; lo mejor que puede sucederle es quedarse en él eternamente. Si os hablase de un joven llamado Herbert, podréis decirle que ha marchado para Batavia, y que desde allí pasará á otros puntos mas lejanos aun.

»Con el mas profundo respeto soy vuestro pariente y amigo.

»CARLOS VAN AMBERG.»

Esta carta no escitó en el ánimo de la superiora curiosidad ninguna; aun no había visto á Cristina, y no podía hablarla en aquel momento, porque era la hora del silencio. Despues de haber leído lo que le decía Carlos Van Amberg, que era uno de los miembros de su familia, volvió sus pensamientos á otra cosa, tomando nuevamente el libro en que estaba buscando algunas máximas que meditar. Su alma, habituada largo tiempo hácia la obediencia, se recogió entregándose otra vez á sus reflexiones. Cuando oyó la campana, la superiora se fué al coro, rezó largo rato entre las hermanas, olvidando el universo entero, se levantó sin saber si habían sido horas ó minutos las que había pasado arrodillada delante del altar, dió la señal para romper el silencio, diciendo á la religiosa que la acompañaba: «Dios os bendiga, hermana;» y de vuelta en su celda envió inmediatamente á llamar á Cristina.

La joven entró; sus ojos estaban hinchados de llorar, sus mejillas parecían de mármol, tantas veces había pasado por ellas su pañuelo para secar sus lágrimas; su cortada respiracion se escapaba de sus labios casi como un sollozo, sus miembros estaban agitados de un temblor nervioso, y apenas podía contenerse presa de tormentos horribles que la desgarraban el alma.

La superiora miró á Cristina con gran sorpresa; jamás había visto una criatura humana doblegada bajo el peso de tal emocion. Su corazón que no había podido compadecerse de los males ajenos, porque siempre los había ignorado, se sintió al punto sobrecogido de lástima, y algunas lágrimas subieron á sus ojos,

pero estas, no se parecían á las de Cristina; eran dulces y parecían caer del suelo para consuelo de los desgraciados.

La religiosa se levantó, fué á donde estaba Cristina que se había quedado junto á la puerta, y haciéndola sentar á su lado la dijo pausadamente.

—Hija mia, veo que necesitais grandemente el socorro de Dios: aquí vive, en esta casa, donde le servimos todas con amor; juntas, hija mia, le imploraremos.

—No, no quiero permanecer aquí, no señora, — exclamó Cristina, — me moriría si me quedara encerrada en este convento; no quiero, no puedo hacerme religiosa: ¡oh! devolvedme al punto mi libertad.

Estas palabras fueron pronunciadas con la energía de la desesperacion, con un acento que jamás hasta entonces las paredes de aquel convento habían oído. La superiora se quedó como estupefacta, con los ojos fijos en Cristina, como sino entendiera lo que la decía.

—¡Oh! ¡dejadme salir, dejadme! — repuso la joven cayendo de rodillas á los pies de la religiosa, y regando de lágrimas sus manos que había tomado para besarlas, — por piedad, abridme las puertas de esta casa. Toda mi vida he estado libre, y debo casarme con un pobre joven que se morirá si quieren tenernos separados: seré una esposa fiel y obediente, y sabré llenar todos mis deberes; no tengo madre, ni nadie sobre la tierra que se interese por mí; vos que pareceis un ángel, dejadme salir de aquí.

La superiora se sintió conmovida: en su emocion había algo de sorpresa y terror, y se estremecía al ver que un alma creada por el Señor para comprenderle y adorarle, se entregaba á la tempestad de las pasiones como una hoja arrancada del árbol por el viento; pero en su interior, y en lo mas recóndito de su corazón, con la rectitud y sensatez de que estaba dotada, reconvenia severamente á Carlos Van Amberg por el uso que hacia de su autoridad sobre aquella pobre criatura. Entonces se acercó á Cristina y la dijo con dulzura:

—Dadme el nombre de madre, nadie se llama aquí señora; no vereis en torno vuestro mas que hermanas, que forman todas una gran familia, cuya madre soy yo. No me habéis de vuestra vida pasada, porque nada sabría ni podría hacer para cicatrizar vuestras heridas; acaso encontrareis en el convento algunos corazones mas á propósito para guiaros, aunque no mas enternecidos que el mio. El salir de aquí, ya conocéis que es imposible; vuestro padre os ha puesto bajo mi proteccion, y no podré alejaros de este convento, hasta tanto que envíe á reclamaros, pero puesto que ha juzgado prudente el cerraros momentáneamente su morada, me parece hija mia, que despues de la casa paterna, no queda otra que la de Dios. Acostumbraos á respirar durante algun tiempo el aire de este asilo de paz, y buscad entre nosotras el reposo, sin enagenar por eso vuestra libertad, tomando el hábito de novicia, bajo cuyo sayal el corazón aprende bien luego á no latir sino por el Señor.

—¡Yo! ¡yo! — exclamó Cristina, — yo, despojarme de los vestidos que llevan las mujeres libres y dichosas! ¡Oh! ¡me parecería que iba á separarme de Herbert para siempre! ¡me parecería poner entre los dos un obstáculo insuperable y eterno! ¡Oh! ¡no, no, jamás. Madre mia, no bajarás del cielo para auxiliarme!

—Las piadosas mujeres que se consagran al Señor, no llevan el hábito de novicia, que es un vestido que se cambia dos veces antes de tomar el velo: el hábito que os propongo es nada mas que para aquellas que quieren probar la vida religiosa, y podreis quitároslo y depositarle en el umbral de nuestra puerta, cuando salgais para volver al mundo; pero nadie puede vivir bajo este techo sin llevar las insignias que separan á los servidores de Dios del resto de los hombres. Esta no es una casa de educacion; no se puede entrar en ella sino como novicia, y aunque no debierais permanecer aquí sino muy corto tiempo, debeis conformaros con la regla y tomar los vestidos del

convento. Vuestro padre está muy irritado; ¿que adelantariais con volver á su lado en este instante? tratad de desarmar su cólera con vuestra sumision; esperad, permaned aquí, orad al Señor, nadie padece largo tiempo.

—¡Oh, Dios mio!—esclamó Cristina,—¿qué voy á hacer? ¿con que no hay un puesto en la tierra para mí?... ¿con que no hay siquiera un corazón que me compadezca? ¿qué voy á hacer, gran Dios! ¿qué voy á hacer?

—Obedecer y orar á Dios, hija mia,—respondió la superiora,—el tiempo se encargará de lo demás. No temais nada, aquí estoy yo para protegeros.

—No, yo no puedo orar al Señor,—respondió Cristina.—No hay oraciones cuando se está desesperada; maldigo mi destino: quiero estar libre, amar y vivir fuera de aquí; no, aquí no puedo orar de ningun modo.

La superiora la tapó la boca con las manos, diciéndola:

—Nosotras oraremos por vos.

—¡Ah!—esclamó Cristina,—si todos mis esfuerzos son impotentes para conquistar mi libertad, hay un ser en el mundo que padece como yo, y que vendrá á librar á su pobre cautiva. Herbert me ha dicho que nada es imposible á los que aman; Herbert acudirá en mi auxilio.

(Se continuará.)

EDMUNDO Y SU PRIMA.

(CONTINUACION.)

V.

UN BANQUETE.

Pocos días despues, Mr. Bringuesingue dió un banquete al que fue convidado el jóven Guerval. En este banquete se encontraban muchas personas ricas, muchos caballeros de industria, parásitos dispuestos á pagar sus comidas con la mas abyecta adulacion; habia tambien algunos artistas y algunos militares, pero ningun comerciante, porque la familia Bringuesingue no podia soportar mas la idea del comercio.

Madama Bringuesingue llevaba un vestido muy escotado y zapatos que la apretaban horriblemente; pero esto no era nada en consideracion á la brillante figura que esperaba hacer en la sala de baile. La señorita Clodora estaba derecha como un huso para aparecer lo mas alta que fuera posible y su padre prometió no apartar los ojos de Contois siempre que fuera á pensar ó á decir cualquier cosa.

Todo estaba dispuesto para recibir; monsieur Bringuesingue miró con orgullo alrededor de su suntuoso salon que se hallaba amueblado exactamente conforme al gusto del difunto conde y exclamó en alta voz mientras se paseaba de arriba abajo: ciertamente no hay aquí nada que recuerde la mostaza.

Al mismo tiempo sonó la campanilla y monsieur Bringuesingue tuvo un modo de correr hácia la antesala que Contois le cogió por el frac diciéndole: Señor; debéis recibir las visitas en vuestro salon y no salir á la antesala para cada uno de los que llegan.

—Muy bien, Contois, ya vereis como no me muevo; pero ¿y cuando la comida esté pronta?

—Entonces dareis el brazo á alguna señora y la conducireis á la mesa.

—Muy bien, Contois; y entonces me sentaré á la mesa?

—No señor; colocareis una señora á vuestra derecha y otra á la izquierda. Vuestra esposa debe hacer lo mismo con dos caballeros.

—Bueno; pero ¿hemos de escribir en una tarjeta el nombre de cada convidado?

—No señor; no, es una costumbre antigua y completamente vulgar. Lo demás, dejad que cada uno lo arregle á su gusto; pero es fácil para vos el colocar juntas á aquellas personas que vos creais que tendrán mas gusto en estar juntas.

—Lo entiendo, Contois, lo entiendo exactamente; además, tendré los ojos fijos en vos, y

si me haceis la menor seña.... no lo olvideis.

—No señor.

La sociedad llegó; Mr. Bringuesingue saludó á sus amigos exactamente como su criado le habia dicho. Mad. Bringuesingue hacia un gesto á cada persona que entraba, porque como tenia que levantarse para hacer una cortesía, los zapatos la atormentaban, pero sus gestos se tomaban generalmente por sonrisas. La señorita Clodora estaba tan derecha como un huso; de una parte y de otra se cambiaron mil cumplimientos sin que quien hablaba ni quien escuchaba creyera una palabra de lo que se decia, pero tal es la costumbre de la sociedad.

Edmundo Guerval habia aceptado el convite porque Mr. Pause le proponia copiar los manuscritos de un compositor, lo cual le hizo ponerse tan de mal humor, que tenia realmente necesidad de distraer su atencion en algo.

Anunciaron que la comida estaba servida, y fuese designio ó accidente, el hecho es que Edmundo se halló en la mesa al lado de la señorita Clodora. La primera parte pasó admirablemente, los convidados estaban muy complacidos, la comida bien servida y Mr. Bringuesingue satisfecho de sí mismo al ver que Contois no se habia llevado el dedo á la nariz, pero luego los vapores empezaron á subírsele á la cabeza y propuso un brindis á la salud de su esposa, pero cuando llevó su vaso hácia su vecino vió que Contois se rascaba la nariz con violencia; el antiguo comerciante de mostaza se quedó inmóvil con su brazo estendido no atreviéndose á llevar su vaso á un lado ni á otro; por último dijo tartamudeando: yo proponia un brindis pero conozco cuán vulgar es esto; las personas regulares no hacen esto en el dia, porque es una costumbre necia...

Pero Edmundo le interrumpió diciendo: ¿y por qué no hemos de renovar la antigua y buena costumbre de nuestros antepasados? Al presente no oimos hablar de nada mas que del estilo gótico; el estilo de la edad media está en boca de todos; ¿por qué pues no hemos de adoptar en nuestras comidas lo que es completamente una aficion exagerada en otras cosas? A decir verdad, Mr. de Bringuesingue vuestra idea es capital y merecis una fama eterna por haber empezado; venid, señores, brindemos, es una cosa completamente caballeresca.

Mr. Bringuesingue quedó encantado de su jóven amigo porque habia reparado así su error; el brindis fue llevado á cabo, y los convidados chocaron y vaciaron sus vasos por el feliz pensamiento del amo de la casa, y lo que habia empezado por una torpeza, fue convertido en un rasgo de buen gusto, por el tacto de un jóven que se complació en aplaudir lo que podia muy bien haber ridiculizado.

Cuando llegaron los postres, Mr. Bringuesingue que estaba satisfecho de sí mismo y orgulloso por su buen éxito en restablecer una antigua y buena costumbre propuso que se cantara alguna pequeña cancion. Cuando estaba á punto de dar el ejemplo empezando á hacerlo así, vió á Contois que se rascaba la nariz con increíble violencia. Mr. Bringuesingue se quedó con la boca abierta como una figura de porcelana, mientras sus convidados esperaban en vano que empezara; pero en vez de cantar dijo: proponia que cantáramos, pero es una mera broma, se que no se debe cantar en la mesa porque no es costumbre; además en la realidad no se cancion alguna.

—Nuevos escrúpulos, Mr. de Bringuesingue, exclamó Edmundo; el caso es que sois demasiado exagerado en puntos de etiqueta. La costumbre de cantar en la mesa data de los buenos tiempos antiguos, en esos tiempos que todavía celebramos en nuestros cantos y romances; ¿por qué no hemos de hacer lo que alabamos? Acabamos de brindar alegremente, ¿por qué no hemos de cantar? Demos el ejemplo y bi n pronto el cantar estará tan en boga como los bailes fantasticos. Empezaré yo; vosotros, señores, cantareis alguna cosa nueva como Buena Esperanza y algunas otras piezas bonitas en la mesa ó en el salon, y estoy cierto que nos divertiremos.

Edmundo cantó y fue aplaudido; otro jóven le siguió despues; luego una señora y luego otra, y en efecto, todos cantaron voluntariamente, por lo que Mr. Bringuesingue no podia apenas contener su alegria y estaba completamente encantado con Edmundo que habia convertido sus torpezas en bromas chistosas.

Cuando acabaron de cantar la sociedad se dirigió al salon; las mesas de juego estaban preparadas, pero á Mr. Bringuesingue no le gustaban las cartas. Era demasiado pronto para empezar á bailar porque los convidados al baile no habian llegado aun; madama Bringuesingue, aunque estaba coja hizo algunos esfuerzos para arreglar una contradanza. A falta de otras diversiones Mr. Bringuesingue que propuso que se jugara á la gallina clueca y ya se habia puesto á gatas, cuando al mirar á su alrededor vió á Contois que aparentaba poner las luces en una esquina de la habitacion y que se estaba rascando la nariz con toda su fuerza. Nuestro Anfitrión quedó inmóvil de miedo, y despues de una segunda y furtiva mirada á su criado; se levantó del suelo diciendo: no, decididamente es un juego vulgar el de la gallina clueca. Dejemos tan pueriles diversiones á los buenos habitantes de la calle de San Dionisio, pero en la calzada de Antin...

Edmundo, que tenia capricho por un juego en círculo y que tenia razones particulares para evitar las cartas, interrumpió de nuevo á Mr. Bringuesingue exclamando: ¿y por qué en la calzada de Antin no hemos de tener la libertad de divertirnos como queramos? Por mi parte creo que un juego inocente es mil veces mejor que jugar al *ecarté* ó á otro juego; podemos reirnos sin perder dinero y esto ya es una ganancia. Además á nuestros hombres mas distinguidos les ha gustado entretenerse con las diversiones mas frívolas; el cardenal Richelieu se divertia saltando en su jardin; Caton tenia una pasion decidida por el baile; Antioco representaba piezas ligeras, y nuestro buen rey Enrique IV acostumbraba á ir arrastrándose por todo su cuarto con sus hijos acuestas.

Si Enrique IV acostumbraba á ir arrastrándose por su cuarto, dijo para sí Mr. Bringuesingue, no veo por qué Contois se ha de rascar la nariz al ver que ando á gatas; juguemos pues de todo corazón á la gallina clueca.

Edmundo habia tomado ya su puesto y el juego se verificó acompañado de grandes carcajadas, porque jamás las gentes dejarán de reirse por juegos de esta clase. La diversion se prolongó durante mucho tiempo con infinita satisfaccion de la señorita Clodora y de su papá; pero Mad. Bringuesingue que suspiraba por el baile y que se afligia con la idea de sufrir aquel tormento durante todo el dia sin que se admirara su pequeño pie por la noche, pudo por fin organizar una contradanza y rogó á Edmundo que se pusiera al piano; Edmundo no se hizo instar y tocó sucesivamente varias piezas. Mad. Bringuesingue era infatigable; apenas habia concluido un baile cuando buscaba con ardor una pareja para el siguiente. Como los caballeros sin embargo no parecian acudir á su alrededor, Mr. Bringuesingue determinó ir á sacarla á bailar, aunque hacia ya largo tiempo que habia dejado de hacerlo, por lo cual cometió numerosas torpezas y aunque vió á Contois asomando la cabeza por la puerta y llevándose la mano á la nariz, como Edmundo aplaudió mucho su modo de bailar, y le llamó además Mr. de Bringuesingue, quedó persuadido de que lo habia hecho muy bien, y se decia á sí mismo: decididamente, este jóven tiene doble tacto que Contois; el uno no hace mas que llevar el dedo á la nariz para advertirme mis faltas, y el otro las repara en un momento ó las convierte en ocurrencias oportunas; además me llama siempre Mr. de Bringuesingue; los que le oyen harán naturalmente lo mismo y me quedará el de hasta llegar á ser un título real y verdadero. ¡Ah! si yo pudiera tener siempre á mi lado á este jóven, yo figuraria en la sociedad.

VI.

UNA PROPOSICION.

Cuando toda la sociedad se hubo retirado y la familia Bringuesingue quedó sola, las tres personas que la componian prorrumpieron á la vez en un coro de alabanzas á Edmundo Guerval; porque además de los buenos servicios que habia prestado al amo de la casa, habia

estado tocando el piano para que bailaran, y habia jugado á la gallina clueca, por lo cual habia ganado las simpatias de la madre y de la hija. Quedó pues determinado que en lo sucesivo los acompañaria siempre en todas sus reuniones. La mania de hacerse el hombre de tono parecia aumentar cada dia en el antiguo comerciante de mostaza. Continuamente iba á sociedades donde su riqueza le aseguraba una buena recepcion, pero como Edmundo

Guerval no estaba siempre á su lado para remediar sus faltas, rara vez se encontraba tranquilo. Por último en un gran banquete que dió un abogado y al que él asistió, se vió tan confuso y cometió tanta torpeza, que Comtois á fuerza de frotarse la nariz continuamente, se la puso tan colorada como una cereza. Cuando volvieron á su casa, Mr. Bringuesingue irritado se hallaba tan dispuesto á regañar con Comtois, que le dijo: no puedo partir pan ni pedir



Los griotes de la Senegambia.

salsa, sin que os lleveis inmediatamente la mano á la nariz, esto me confunde y me turba de tal modo, que no sé qué hacer.

—Porque las personas que parten el pan como vos ó que piden salsa de la manera que vos lo haceis son gentes vulgares; vos deseabais que os advirtiera cuando cometierais cualquier falta y lo he hecho así; no es culpa mia si sucede á cada minuto.

—Si Mr. Edmundo hubiera estado allí, no me hubiera reprendido tanto sin que por eso me dejase cometer falta alguna; me da confianza y aplomo y me hace que sea agradable y divertido, al paso que vos me confundis tanto que no sé dónde estoy.

—Creedme, señor, para mí no es diversion alguna el recordaros tan frecuentemente que cometéis una falta; desde que estoy sirviéndolos tengo doblemente gruesa la nariz.

—No hay tal cosa.

—En fin, señor, todo lo que tengo que decir es que me habeis de aumentar el salario si he de permanecer con vos.

—Teneis mil francos anuales porque os he aumentado el salario casi sin mas obligacion que rascaros la nariz cuando lo creéis necesario, lo cual es todo el dia; me parece que estais bien pagado y no os daré mas.

—Entonces, señor, dejaré de advertiros.

Mr. Bringuesingue se separó sin pesar de su criado porque desde que Edmundo aplaudia lo que Comtois vituperaba, su confianza en el modo de ver del criado del conde habia vacilado. El joven Guerval se hacia por lo tanto indispensable y apenas habia dia alguno en que no fuera invitado á la casa.

Cuando Comtois se hubo despedido Mr. Bringuesingue se dijo á sí mismo: aunque he ad-

quirido muy buenas maneras me siento aun algo embarazado algunas veces. Mr. Edmundo es la única persona que puede hacer que mis pequeños defectos se presenten de un modo favorable; si éste joven estuviera siempre á mi lado, jamás cometiera yo falta alguna, ¿cómo haríamos para que se estableciera á nuestro lado? ¡cómo! haciéndole marido de mi hija. Me ha confesado que ha entrado en algunas especulaciones que han destruido toda su fortuna pero es un joven muy delicado que tiene un aire distinguido; siempre me llama Mr. de Bringuesingue. Yo no tengo mas que una hija y querria mejor verla casada con un caballero que pudiera apreciarla que no con un rico vulgar que la tratara mal y que probablemente me recordaria mi mostaza y mis pepinillos.

Mr. Bringuesingue participó su nuevo proyecto á su muger que saltó de alegría, porque

pensaba que un yerno que sabía tocar tan bien contradanzas la serviría para que pudiera bailar todos los días. Clodora fue llamada poco después á la conferencia y como señorita que cumple bien su deber, hizo una reverencia y dijo que siempre tendría un placer en obedecer á sus padres. Lo único que quedaba que hacer era informar al joven y Mr. Bringuessingue no dudando que Edmundo quedaría encantado con la idea del casamiento, se encargó de anunciarle la felicidad que le tenía reservada. Edmundo fue invitado á un almuerzo solo con Mr. Bringuessingue y después de que hubieron concluido este último se recostó en su silla y dijo: mi querido amigo, sois de una buena familia y sé que habéis recibido una educación muy esmerada, cualquiera que sea la clase de ella, soy un hombre inteligente, lo cual es de mucha importancia para mí; no teneis fortuna, es verdad, pero yo deseo haceros feliz, por lo tanto quiero casaros con mi hija; no tengo mas que á ella, poseo treinta mil francos de renta anual y los dividiré con vos, viviremos todos juntos, y en una palabra sereis el amo de la casa.

Edmundo quedó petrificado al oír una oferta tan inesperada, que le hizo permanecer en silencio é indeciso durante algunos instantes, pero acordándose de su prima replicó: soy sumamente sensible á vuestra bondad pero no puedo pensar en casarme..

—¿No podeis pensar en casaros? ¿lo estais ya?

—No señor.

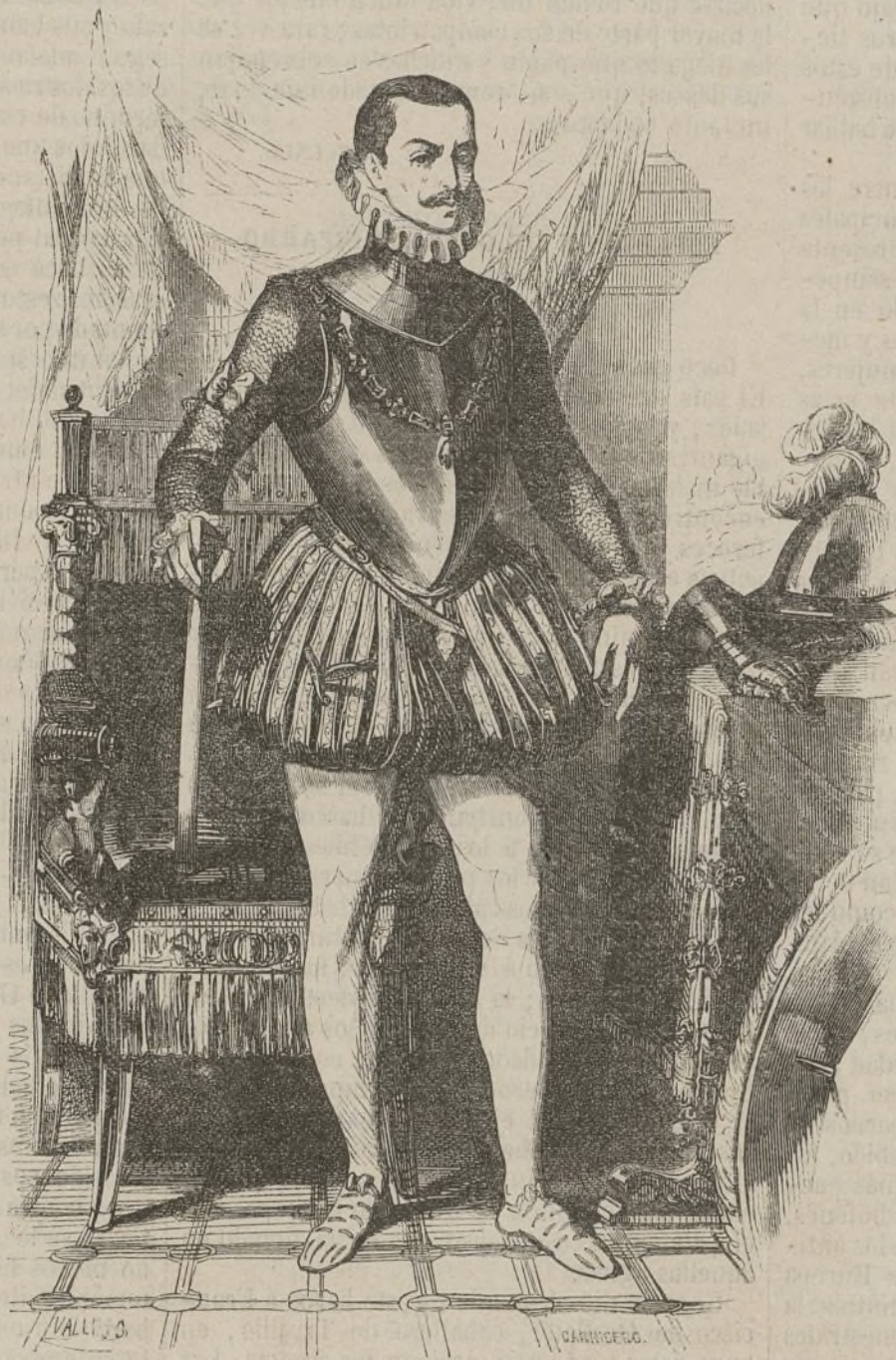
—En ese caso no veo obstáculo posible á que os caseis con mi hija.

—Señor, me es sumamente sensible....

—No debeis pensar en ello, mi querido amigo, la señorita Clodora Bringuessingue ¡un partido soberbio!

—Precisamente por eso....

negro; son talismanes ó amuletos cuya forma varía desde la concha arrollada hasta el cuerno de cal ra, desde el rico tafilete labrado que encierra un verso del Corán escrito por un m-



Don Juan de Austria.

—¡Ah! ya comprendo: delicadeza de parte vuestra; vos desearíais tener una fortuna igual á la de vuestra mujer para no tener que deberla nada; pero os lo repito, esto no está bien entre nosotros; ¡hablar de dinero! ¡qué disparate! eso se queda bueno para las gentes salidas de la nada. El aire de distincion y el conocimiento del mundo es lo que yo miro; imitadme exactamente; he despedido á Comtois y en lo sucesivo obraré solo segun vuestros consejos. Desde este momento os miro como de mi familia; no quiero oír una palabra mas: reflexionad, reflexionad y vereis como os es imposible rehusar mi hija.

Edmundo salió de la casa; la proposicion que se le habia hecho ocupaba su imaginacion.

(Se continuará.)

LOS GRIOTES

DE LA SENEGAMBIA.

Los griotes de Senegambia viven entre sí, no contraen alianzas sino entre ellos, y sin ser positivamente idólatras, han rechazado en su mayor parte las lecciones del islamismo. La verdad es que no se entregan á práctica alguna exterior, y que no tienen con sus compatriotas mas punto religioso de contacto que la creencia en la virtud de los *gris-gris*, creencia comun á todos los pueblos de la zona trasatlántica del Africa, mahometanos ó fetiquistas, de raza caucásica ó de raza etiópica. Los gris-gris hacen en efecto un gran papel en la vida del



El combate naval de Lepanto.

rabut poderoso hasta el mas sucio andrajo que envuelve una muela del padre. Los moros tienen una fe menos ciega en la eficacia de estos preservativos; pero no los desprecian absolutamente. Tendremos ocasion de volver á hablar muchas veces de este asunto.

Los griotes y las griotas ejercen entre los negros, especialmente cerca de los principales jefes, una especie de profesion que presenta una identidad completa con la que desempeñaban en la antigüedad, y sobre todo en la edad media, los locos ó bufones y bardos y menestrales. Los griotes, hombres ó mujeres, participan á un tiempo del carácter de estas dos clases de personajes; entretienen á los jefes y al pueblo con bufonadas groseras, y cantan las alabanzas de todos los que les pagan, en una especie de improvisaciones enfáticas; ordinariamente se acompañan con una guitarra de tres cuerdas que tiene por caja media calabaza. Tienen derecho para decirlo todo en el calor de sus improvisaciones, y es mal visto ofenderse por sus palabras aunque sean desatentas, lo cual sucede con mucha frecuencia, aunque se dirijan á los jefes. Son sus fieles compañeros en los combates y en las reuniones políticas; los siguen en las fiestas; participan por decirlo así de su comida y de su cama, y muchas veces poseen exclusivamente su confianza; en una palabra, se han hecho tan necesarios á los príncipes negros de hoy, como los bufones y los menestrales á los príncipes blancos en una época pasada.

Esta analogía no debe, por lo demás, sorprender; porque los locos y los bufones, cuyo origen se remonta á una gran antigüedad, no han empezado verdaderamente á hacer papel hasta la época de las cruzadas. Los bardos no son menos antiguos: eran, como es sabido, los sacerdotes y poetas de los céltas y demás pueblos del Norte. Pero, lo mismo que los bufones, los trovadores y troveros herederos de los antiguos bardos, no se extendieron por Europa hasta la época de las cruzadas. Admitida la reaparicion de los bufones y de los menestrales en la escena del mundo civilizado, en tiempos en que el Oriente y el Occidente se encontraron uno enfrente del otro, faltaria aun demostrar que esta moda habia sido seguida en la misma época por las cortes de Oriente. La historia no deja duda alguna sobre este punto: ya introdujeran los orientales mahometanos esta costumbre, ya se limitaran á adoptarla de otros, existia entre ellos en toda su estravagancia. Ahora bien, como los árabes penetraron por el mismo tiempo en el estenso continente africano, es natural creer que llevaron allá esta costumbre, que halló entre los indígenas, imitadores tan ardientes como entre los occidentales de la edad media.

Los griotes de la Senegambia son, pues, á un tiempo menestrales y bufones, y esta profesion igualmente seguida por sus mujeres, se convierte en una herencia de familia á la cual no es lícito renunciar; se ejerce la profesion de griote de padre á hijo inevitablemente. Esta trasmision, por la sangre, rechaza evidentemente la obligación tradicional de poseer, para ejercerla, una fealdad tradicional ó una deformidad notable; los griotes la suplen hábilmente con horribles gestos y contorsiones que obtienen siempre un gran éxito entre los espectadores. La condicion de los griotes es una especie de esclavitud ó de domesticidad que han sabido como en otro tiempo sus colegas de Occidente, suavizar mucho por medio de la influencia que ejercen sobre los principales jefes y sobre el pueblo. Su talento de menestral, muy estimado entre los negros, y la creencia mahometana que atribuye á los dementes (asi son considerados por mucha gente del país) la cualidad de inspirados ó elegidos de Dios, han servido en efecto para hacerles conquistar, si no una gran consideracion, por lo menos una especie de tolerancia respetuosa. Además se les suponen ciertas relaciones ocultas con los espíritus y esta última opinion los hace algunas veces objeto del temor público. No son, pues, en manera alguna desgraciados; y aun puede

decirse que tienen una vida mucho mejor que la mayor parte de sus compatriotas; rara vez se les niega lo que piden y muchas se sobrepujan sus deseos, que son, como se puede imaginar, un tanto codiciosos.

A. RAFFENEL.

ESPEDICION DE GONZALO PIZARRO

A QUITO.

(CONCLUSION.)

Poco ganaron los aventureros en el cambio. El país presentaba el mismo aspeto desconsolador, y las orillas del rio estaban cubiertas de gigantescos árboles ó franjeadas de impenetrable maleza. Las tribus de indios que alguna vez encontraban en aquellos salvajes desiertos eran feroces y enemigas y sostenian con ellos perpetuas escaramuzas. Dijéronles sin embargo algunos que bajando el rio y á distancia de pocos dias de camino encontrarían un país fértil; y los españoles continuaron su penoso viaje, siempre esperando y siempre engañados, pues la prometida tierra, semejante al arco iris, huía delante de ellos á medida que avanzaban.

Al fin agotadas las fuerzas y el sufrimiento resolvió Gonzalo construir un barco bastante grande para llevar á los mas débiles y los bagajes. Los árboles les proporcionaron madera las herraduras de los caballos que habian muerto en el camino, ya de muerte natural ya para servir de alimento á sus dueños, fueron convertidas en clavos; la goma que destilaban los árboles hizo el oficio de brea; y los andrajosos vestidos de los soldados sirvieron como estopa. Era obra difícil, pero Gonzalo animó á su gente al trabajo y dió el ejemplo tomando parte en sus tareas. Al cabo de dos meses quedó concluido un bergantin toscó, pero fuerte y suficiente para conducir la mitad de la tropa. Era el primer barco europeo que habia flotado en aquellas aguas.

Gonzalo dió el mando de este barco á Francisco de Orellana, caballero de Trujillo, en cuyo valor y adhesión creía poder confiar. Las tropas volvieron á emprender la marcha, siguiendo siempre el curso del rio, y llevando el bergantin inmediato á la orilla; y cuando tenían que subir alguna áspera pendiente ó cuando encontraban un terreno impracticable, el barco transportaba á los soldados mas débiles. Así caminaron trabajosamente por espacio de muchas semanas atravesando las espantosas soledades por donde corre el Napo. Ya no quedaban hacia mucho tiempo ni vestigios de provisiones; ya habian devorado el último caballo. Para mitigar los rigores del hambre se veían obligados á comer las correas y el cuero de las sillas. Los bosques apenas les ofrecían algunas raíces y frutas de que alimentarse; así tenían á dicha cuando encontraban casualmente sapos, culebras y otros reptiles con que aplacar su necesidad.

También allí tuvieron noticias de un rico distrito habitado por una nacion populosa, donde el Napo desembocaba en un rio mayor que corría hacia el Oriente. Este distrito se hallaba como siempre á distancia de algunos dias de camino. Gonzalo Pizarro resolvió entonces hacer alto donde se encontraba y enviar á Orellana con el bergantin hasta la embocadura para que se proporcionase provisiones, con las cuales pudiese volver y poner á las tropas en situacion de continuar la marcha. En consecuencia Orellana, llevando consigo cincuenta soldados, se apartó hasta el medio del rio, y su barco impelido por la rápida corriente partió como una flecha, perdiéndose inmediatamente de vista.

Pasaron dias y dias, semanas tras semanas y el bergantin no volvía, ni los españoles veían la menor mancha en las aguas al tender la vista hacia el punto mas lejano donde la línea de luz se perdía en las oscuras sombras del follaje que festoneaban las orillas del rio. Enviáronse destacamentos que estuvieron ausentes muchos dias, pero volvieron sin noticia alguna de sus camaradas. No pudiendo permanecer por mas tiempo en la incertidumbre, ni siéndoles tam-

poco posible mantenerse en aquel sitio, Gonzalo y sus hambrientos soldados, determinaron seguir adelante hasta encontrar la confluencia de los dos rios. Dos meses tardaron en llegar al término de este terrible viaje (dos meses tardaron los que no perecieron en el camino) aunque la distancia no era probablemente mayor de doscientas leguas; y al cabo de este tiempo llegaron al punto tan deseado, donde el Napo desemboca en el rio de las Amazonas, rio el mas magestuoso de los de América, y que alimentado por mil tributarios corre hacia el Océano en un espacio de centenares de millas por el centro del gran continente.

Pero no hallaron noticia alguna de Orellana, y el país, aunque mas populoso que el que acababan de atravesar, presentaba el mismo aspecto desconsolador, y estaba habitado por una raza de indios aun mas feroz. Abandonaron pues la esperanza de recobrar á sus compañeros, suponiendo que habian perecido de hambre ó á manos de los indios. Al fin se disiparon sus dudas con la aparicion de un blanco que vagaba medio desnudo por los bosques, y en cuyo descarnado semblante reconocieron las facciones de uno de sus compatriotas, llamado Sanchez de Vargas, caballero de ilustre linaje, y muy estimado en el ejército. Este tenia que referir una historia lamentable.

Orellana, impelido por la rápida corriente del Napo, habia llegado en menos de tres dias al punto de confluencia con las Amazonas, recorriendo en este breve espacio de tiempo la distancia que Gonzalo Pizarro y su gente habian tardado dos meses en recorrer. Habia visto que el país era completamente diverso de lo que se le habia dicho, y lejos de conseguir auxilios para sus compañeros, apenas habia podido obtener subsistencias para sí mismo. No le habia sido posible volver por donde habia caminado contra la corriente del rio, y el viaje por tierra se le habia presentado bajo un aspecto no menos formidable. En este terrible dilema una idea iluminó su mente que fue lanzar el barco al rio de las Amazonas y bajar por él hasta su embocadura. De este modo se prometia visitar las ricas y populosas naciones que segun los indios cubrían sus orillas, salir al grande Océano, pasar á las islas inmediatas y volver á España á reclamar la gloria y el galardón del descubrimiento. La idea fue aceptada con entusiasmo por sus negligentes compañeros, que al paso que ansiaban salir de aquella situacion penosa, se animaban con la perspectiva de nuevas y sorprendentes aventuras, porque la afición á lo maravilloso era el último sentimiento que se extinguía en el pecho del caballero castellano. Poco se cuidaban de sus desgraciados compañeros, á quienes iban á abandonar en aquellas soledades.

No es este el lugar de referir los pormenores de la extraordinaria expedición de Orellana. Su empresa tuvo feliz éxito; pero es maravilloso que se salvara del naufragio en la arriesgada y desconocida navegacion de aquel rio. Muchas veces el buque estuvo á punto de ser despedazado entre las rocas y enmedio de las furiosas corrientes, y aun tuvo que arrostrar otro peligro mas grande que fueron los ataques de las tribus guerreras que habitaban las orillas del rio. Estas tribus caían sobre la poco numerosa tropa de Orellana siempre que intentaba saltar en tierra, y le seguían en canoas, vigilándole por espacio de muchas millas. Al fin desembocó en el Océano y se dirigió á la isla de Cubagua; de-de allí pasó á España, se presentó en la corte y refirió las circunstancias de su viaje, las naciones de amazonas que habia encontrado en las orillas del rio, el Dorado, que segun sus noticias existia en las inmediaciones, y otras maravillas, producto de su invencion mas bien que de las exageraciones de una crédula fantasía. Los que le escucharon creyeron fácilmente los cuentos del viajero; y en una edad de prodigios, cuando cada dia se iban aclarando nuevos misterios del Oriente y del Occidente, bien puede perdonárseles el no haber sabido trazar la verdadera línea entre la novela y la realidad.

No encontró, pues, dificultad en obtener la comision de conquistar y colonizar los reinos que habia descubierto, y en breve se vió á la cabeza de quinientos hombres dispuestos á participar de los peligros y beneficios de la expedicion. Pero ni él ni su país debian aprovecharse de ellos. El murió en la travesía, y las tierras regadas por el rio de las Amazonas cayeron en poder de Portugal. El desgraciado navegante no gozó ni aun del honor que todos alcanzaban de dar su nombre á las aguas que descubrian; solamente tuvo la estéril gloria del descubrimiento, gloria que seguramente no compensó las circunstancias de iniquidad con que se lleva á cabo aquella empresa.

PRESCOTT.

HISTORIA NATURAL.

EL AYE-AYE DE MADAGASCAR.

Aye-aye es una exclamacion de los habitantes de Madagascar, la cual Mr. Sonnerat creyó deber conservar á este animal que se halla en la parte occidental de aquella isla. «El Aye-aye», dice, no se semeja á ningun animal de los géneros conocidos, y participa del aspecto del Maki, de la Ardilla y del Mono. Sus orejas anchas y aplastadas, son muy parecidas á las del Murciélago, consistiendo en dos pedazos de piel negra casi lisa, sembrada de algunos pelos largos y negros, blancos en las puntas, como los demás que cubren al animal. Los de la cola, aunque parecen enteramente negros, son blancos en su base y hasta la mitad de su longitud. El carácter principal del Aye-aye, que es de los mas estranos, consiste en el dedo medio de sus extremidades anteriores, en el cual las dos últimas articulaciones son muy largas, delgadas y sin pelo, y se sirve de ellas para sacar los gusanos de las concavidades de los árboles y llevarlos á la boca, además de que deben serle útiles para asirse á las ramas. Este animal parece que forma madriguera: no se le ve por el dia, y sus ojos, de color de ocre, son como los del Búho. Es muy perezoso, y por consiguiente muy manso.»

Los piés parece que constituyen un carácter único y muy distinto, por la longitud de sus dedos en las manos anteriores.

El color de este animal es pardo con mezcla de gris ceniciento: sobre la cabeza, en el contorno de los ojos, en el cuerpo, muslos y piernas, tiene color oscuro, en el cual domina sin embargo el negro en el lomo y en varios parajes del cuerpo y de las piernas. La cola es enteramente negra: los lados de la cabeza, el cuello, la quijada y el vientre tiran á gris: debajo de los pelos grandes, negros ó blancos, de dos ó tres pulgadas de largo que se ven en el cuerpo y las piernas de este animal, hay una borra lanosa de color gris; pero las piernas y los muslos son de color pardo rojizo; y el negro domina en la proximidad de los extremos que están cubiertos de pelos cortos de este color.

La figura de la cabeza es semejante á la de la Ardilla: tiene dos dientes incisivos en la parte anterior de cada mandíbula. Las orejas son grandes y sin pelo, anchas en su abertura, derechas y redondas en sus extremidades, de dos pulgadas y cinco líneas de longitud, siendo el ancho del conducto auditivo de una pulgada y cinco líneas y media. En el contorno de los ojos hay una lista pardusca, y los párpados son negros. Los dedos que tienen dos líneas de ancho, son casi iguales en el grueso; pero el primero que hace de pulgar, y es de una pulgada y tres líneas de largo, tiene una uña de siete líneas, la cual es ancha y aplastada como la de los Makis; y este carácter le aleja mucho del género Ardilla.

Los pelos son ásperos como cerdas. Mientras que Mr. Sonnerat conservó vivo este animal, nunca le vió con la cola levantada al modo de las Ardillas, antes por el contrario la llevaba siempre arrastrando.

De todos los animales que tienen aplastado el pulgar, los Tarseros son los que mas se aproximan al Aye-aye, siéndole comun este

carácter, además de semejarse en la cola, la cual tiene larga y poblada de pelo; en las orejas derechas, desnudas y transparentes y en el pelo ó vello lanoso que cubre inmediatamente su piel.

SINFONIA FILOSOFICA.

—¡Qué descansada paso mi placida existencia, de este no limpio estanque sentado en las riberas!

Aquí, entre los cristales de cenagosas perlas, mil renacuajos corren que me parecen tencas.

En mango de mi caña me vuelvo horas enteras, y solo en el anzuelo mis ojos hacen presa.

¡Qué gozo! un pececillo logré poner en tierra; ya llevo á mis sartenes un cuarteron de pesca.—

—¿Mañana vamos? bien dices: el monte no está muy lejos.—

—Dos leguas; pero hay conejos y escuadrones de perdices.

Para tres dias comida, y allí se duerme en el suelo; el aire puro y el cielo dan en el campo la vida.—

—Pero ¿y si llueve?—
—Mejor; hay caza que necesita... ó te quitas la levita cuando el sol te dé calor.

—Yo quiero ver á mis plantas por escabel puesto el orbe, y hablarle, en vez de mi boca, las bocas de mis cañones.

Yo quiero un manto de púrpura teñido en sangre de hombres, y hacer del mundo un brasero con ciudades por tizonas.

Lo mismo es morir del tifus que entre manos de traidores; con tal que todos me teman poco importa que me odien.—

—Amor; amor dulcísimo llena la vida mia de inesplícable júbilo, de célica alegría; ¡Oh, niña! ¡el oso haciéndote dichoso vivirá!—

—¡Qué gusto! en valsos rápidos luzco mis huecas faldas; pecho y cabeza adórnannme diamantes y esmeraldas, de pollos rubio séquito, me jura ardiente fé.—

—Yo me voy tempranito por las plazuelas, ¡ay que caras encuentro de cocineras!—

—¡Qué tonto eres! yo compro amores hechos en almacenes.—

—A Madrid he llegado sin pantalones, mas, gracias á mi lengua seré un prohombre.

Nunca florezcan en mi cara las rosas de la vergüenza.—

—Yo si bebo un vaso de agua lo bebo siempre en tres sorbos, y sentado, muy sentado, porque de pie es peligroso.—

—Yo siempre visto á la inglesa.—

—Yo nada de inglés; los odio.—

—Yo en mi vida gasté capa.—
—Pues yo la llevo hasta el Córpus.
—Tengo setenta canarios; chico, ¡qué bichos tan monos!—
—Yo tengo otros mas bonitos.—
—¿Cuáles?

—La mujer del prógimo.
—Yo fui alcalde en Asturias, y tengo prados y chotos; mas por vivir en la corte me pongo una cula al hombro.

—Yo no pierdo una zarzuela.—
—Pues yo no falto á los toros.—
—Ni yo al circo de los gallos ¡aquellos si que es hermoso!

El retrato hice del mundo, que es, dando vuelta en sus polo; un tostador de castañas trocado en jaula de locos.

JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

DON JUAN DE AUSTRIA.

I.

Este malogrado príncipe, hijo natural de Carlos V, tan conocido en los gloriosos fastos de nuestra historia como héroe de Lepanto, nació en 1545, sin que conste de un modo positivo quién fuese su madre, aunque pasaba por tal la condesa Bárbara de Blomberg, querida que fue del emperador, y la hermosura mas célebre de su época en Holanda, su patria. Cuando cesaron sus relaciones con Carlos V, este monarca la dotó ricamente, dándole por esposo al caballero Requém, poseedor de considerable hacienda en la provincia de Luxemburgo, y que residió constantemente en Ambéres.

En Bélgica se deslizó la temprana edad de don Juan, en la casa de labranza de un rico hacendado de Lieja, sujeto á toda suerte de privaciones, y á duras faenas idóneas por otra parte para prepararle á su futura carrera. Pero es muy de notar que magüer su educacion de labrador, nunca en lo futuro conservó lo menores resabios ni vestigios de campesino; pareciendo por el contrario, á juzgar por su porte y distinguidos modales, que habia pasado la vida alternativamente entre los salones, los campos de batalla y la corte.

Cuando fue ya algo crecido, Carlos V lo llamó á sí, y le inició en el secreto de su nacimiento, despues de recompensar con largueza al labrador que tan bien llenara su cometido.

El emperador amaba á don Juan como al fruto de sus viejos años, y por lo mismo es de estrañar que nada le diese en vida, de cuya falta de generosidad se lamentó aquel, en mas de una ocasion, manifestando que «ya que le habia reconocido el emperador por su hijo, debia suministrarle los medios de vivir como correspondia á su rango y nacimiento.»—Ni á la hora misma de su muerte le legó el emperador otra cosa que una eficazísima recomendacion á su sucesor Felipe II, dejando entrever el deseo de que se destinara á don Juan á la iglesia.

A todo esto, se criaba junto con el infortunado hijo de Felipe II, el príncipe don Carlos, que le llevaba un año de edad, cuando ocurrió un incidente que influyó grandemente en el futuro destino de don Juan, cual fue el de revelar á Felipe cierta calaverada de su hijo Carlos, evitando funestas consecuencias con esa confidencia, proceder que le hizo ganar en el concepto de Felipe una relevante opinion de la fidelidad, integridad, y pundonor y de cuyas resultas resolvió destinarlo á la carrera de las armas, no sin tropezar con fuerte oposicion por parte de algunos señores consejeros reales que insistian en que se obedeciese la voluntad del difunto emperador su padre, que queria fuese sacerdote. La razon misma de haber merecido la conducta de don Juan la aprobacion de Felipe en el incidente aludido, le atrajo la animadversion de



«El aye-aye de Madagascar».

don Carlos, quien no perdía ocasión de manifestarle su encono, llegando el caso, en un momento de acaloramiento de echarle en cara su origen espúreo. — «Bastardo soy,» repuso don Juan; «pero mi padre fue mejor que el tuyo;» y los dos jóvenes vinieron á las manos.

Pasando en silencio algunos años de su infancia, trasladémonos al de 1569, época en que fué don Juan á pelear contra los moros de Granada; en cuya expedición desplegó tan grandes dotes militares, y tan inequívocas pruebas de valor personal, que los antiguos capitanes y veteranos de las primeras campañas de Carlos V, exclamaron á una voz: «¡Ea, cómo se conoce que este es verdadero hijo del emperador!» — Cubierto de gloria y con reputación de ser uno de los mejores capitanes de su época, regresó de esa campaña: pero en el interin, hacían los moros rápidos progresos, en otro punto del globo. La toma de Chipre por los turcos alarmó en tales términos á la Europa entera, que se formó una Liga entre los venecianos, el Papa y el monarca español, con objeto de rechazar vigorosamente ulteriores intentonas del mismo género. Se verificó una leva, y se armó una escuadra que contrarestará la invasión de la morisma en la cristiandad.

Don Juan, que á la sazón gozaba de una reputación, como hemos dicho, muy distinguida, fue al fin el caudillo nombrado para mandar las fuerzas coligadas con que se brindó antes al duque de Anjou.

Don Juan se hallaba entonces en toda la fuerza y vigor de su juventud y lozanía, contando no mas que 27 años de edad. Sobre esto poseía gran hermosura varonil y gracia singular: era de poca barba, con grandes bigotes retorcidos; cayéndole su rubia y poblada cabellera sobre los robustos hombros, en profusión de rizos; adorno que, favoreciendo á cualquiera, en él realizaba particularmente su gran mérito; era muy pulcro y suntuosísimo en el vestir. Activo; bien formado, ágil, diestro en toda clase de ejercicios corporales y en el manejo de las armas, era gran ginete y poseía en suma cuantas prendas pueden adornar á un hombre para hacerle lugar con el bello

sexo que gusta mucho de los varones como aquel; gracioso, afable y pródigo; y cual otro Alejandro, se lamentaba en su corta edad «porque no había conquistado ya para sí un reino independiente con su propia espada!»

Así fue que confidencialmente fijó sus miras en la Liga ó en los venecianos, en cuyos secretos planes debió quedar chasqueado. Hemos llegado ya al período mas interesante de su vida; aludimos á la célebre batalla naval que ganó á la cabeza de las escuadras aliadas.

(Se continuará.)

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

ACTUALIDADES.

Por el Ministerio de Fomento se acaba de publicar el *Catálogo* de los códices arábigos adquiridos en Tetuan por el gobierno de S. M., formado é ilustrado por el señor don Emilio Lafuente y Alcántara, celosísimo jefe del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas y uno de los mejores orientistas de nuestros tiempos. El señor Lafuente enriquece este curioso *Catálogo* con estensas noticias acerca de la geografía, historia y arqueología de Tetuan, acompañando la descripción de doscientos treinta y tres códices con oportunas reflexiones y eruditos comentarios. Los códices de religión y jurisprudencia son 145, los de historia, biografía y anécdotas 18; los de gramática y lexicografía 25; los de poesía 32; los de medicina 5; los de asuntos varios ó tratados diversos ocho. Tan importantes adquisiciones hechas por el gobierno, prueban cuan acertada fue la elección del señor Lafuente para que acompañando á nuestro ejército en la memorable campaña de Africa, examinase los monumentos y recogiese datos interesantes. La Europa literaria sabrá aplaudir en lo mucho que vale la publicación del indicado *Catálogo*, y nosotros felicitamos por su acierto y erudición al joven y celoso bibliotecario.

Segun dice un periódico, parece que el señor ministro de la Gobernación tiene el pro-

yecto de hacer construir en cada demarcación un edificio en donde se hallen reunidos el juzgado de primera instancia, la tenencia de alcalde, la inspección de vigilancia, la casa de socorro y la bomba de incendios, añadiendo que esta mejora merecería los elogios de todos.

A esto decimos nosotros que indudablemente los elogios serian merecidos, pero que causa admiración que una cosa que ya debía tener Madrid hace muchos años, solo hasta hoy no haya ocupado la mente de algun ministro, siendo de esperar pasará el proyecto á la posteridad como tantos otros proyectos.

Segun cartas de Barcelona es muy probable que en el año próximo cuenta la corte con una gran compañía de ómnibus para recorrer las vías públicas, bajo la denominación de *Central Madrileña*, puestos por la compañía de ómnibus de Barcelona titulada *Central Barcelonesa*, que tanta aceptación y tan grandes servicios presta en la culta Barcelona. Mucho lo celebrariamos, siendo pingües las utilidades que debería reportar la compañía con el movimiento de esta población numerosa.

El muy conocido y celoso médico director de las aguas de Caldas de Mombuy, en la provincia de Barcelona, D. Francisco Sastre y Dominguez, acaba de publicar una importante memoria sobre el estudio físico, químico y medicinal de aquellas aguas, de cuya lectura deben reportarse muchas ventajas en favor de los dolientes.

PENSAMIENTOS.

El hombre verdaderamente bienhechor, es el que da sin pena y no reclama jamás la vuelta; el que olvida con sinceridad el favor que ha hecho, y, cuando le pagan con otro favor, lo considera como una buena acción.

Séneca.

Lo mas acertado es adelantarnos á satisfacer las justas peticiones que puedan hacernos. Un hombre de corazón no puede jamás pedir sin que su frente se sonroje; ahorrarle este tormento, es duplicar el beneficio.

Séneca.

Es estropear los mayores beneficios el hacerlos con aire de negativa.

Séneca.

El bien que se hace á la gente honrada es fecundo para el bienhechor.

Plauto.

CLAVE ENIGMÁTICA.

A 4865 X 8 + 2 X 548 8 X A
8 X 42 X 8: A 4865 X 8 2374548
8 X A 54239 3 X 8.

249 X A 641.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR,
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. — Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. — Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. Madrid: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, Paseo de Matheu.

En Provincias, Estrasjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.